

9: JOSUÉ Y JUECES – TRANSICIÓN ENTRE LA LEY Y LOS PROFETAS

En esta historia de la Biblia y sus orígenes, inevitablemente habrá momentos de transición. No son la parte más excitante de la historia pero son esenciales cuando se quiere conocer el tema por completo. Es lo que nos ocurrirá en este capítulo. Esta semana haremos la transición desde la Torah hacia los Profetas. Pero recordemos antes la situación. Hasta aquí hemos examinado el desarrollo de la Torah o Pentateuco (cinco libros). Aunque este conjunto se conozca como "el libro de Moisés", los estudiosos niegan hoy esta autoría por tres razones bastante obvias: 1) Moisés murió unos 300 años antes de que se escribiera el versículo más antiguo de la Torah, de modo que no pudo escribirlo; 2) La Torah habla de la muerte de Moisés y sus exequias (Deut. cap. 34), cosa que es difícil que él mismo pudiera contar; y 3) el análisis de la Torah indica, además, que su texto es la combinación de al menos 4 documentos distintos que, como ya vimos, se escribieron durante unos 500 años, entre 950 y 450 aC. Estudios recientes han desestimado por tanto, definitivamente, una de las creencias todavía emblemáticas del literalismo bíblico, cuya crítica costó cara a algunos investigadores a comienzos del siglo XX.

La tradición judía se edificó sobre dos torres: la Ley y los Profetas. Moisés es el rostro que simboliza la Ley y su nombre es sinónimo de ella. Los profetas, en cambio, no se identifican con ningún nombre, aunque se designe a Elías, a mi juicio erróneamente, como el iniciador del movimiento profético. Elías vivió en el siglo IX aC., cuando el pueblo judío estaba ya dividido en dos reinos rivales: el del norte, con su capital en Samaría, y el de Judá con su capital en Jerusalén. Elías fue del reino del norte.

La Torah cubre el tiempo que va desde la Creación hasta la víspera de entrar los israelitas en "la tierra prometida". El Éxodo y la conquista de Canaán se ubican entre 1250 y 1200 aC. En cambio, el movimiento profético aparece en tiempos del rey David pero su apogeo no llega hasta el siglo VIII aC. De modo que hay unos vacíos considerables entre la Torah y los Profetas. Durante estos huecos, hubo además una guerra civil que partió el país. Luego, el reino del Norte duró hasta el año 721 aC, cuando los asirios lo destruyeron, y el reino de Judá, hasta el 586 aC, cuando los babilonios arrasaron Jerusalén y deportaron a la gente al exilio. Estas historias están en los libros que van desde Jueces hasta Reyes II, que son en los que ahora nos centraremos y a los que algunos llaman "profetas anteriores", antes de llegar a los cuatro grandes y a los doce menores. Son libros que no nos relatan una historia real, tal como entendemos nosotros la historia; son, más bien, colecciones de relatos populares, historias de héroes y de propaganda nacional, pero nos proveerán de información acerca del carácter y del temperamento peculiar del judaísmo. Examinaremos primero los libros de Josué y de los Jueces.

Todavía se debate mucho acerca de la historicidad de Josué. Los historiadores se preguntan si la conquista de Canaán se realizó en un sólo enfrentamiento militar que se saldó con victoria de los judíos, como sugiere la Biblia, o si la conquista ocurrió a lo largo de varios siglos, en forma de sucesivas bandas semíticas que a modo de saqueo se fueron instalando en aquellas tierras y sólo posteriormente se fusionaron las historias en una versión aparentemente consistente. Lo que se

cuenta en el libro es que Josué fue el sucesor de Moisés y que perteneció a la tribu de Efraím, es decir, una de las dos tribus descendientes de José y que formarían el reino de Norte. Historias claves de Josué son repetición de otras anteriores de Moisés, como la separación ahora de las aguas del Jordán para que el pueblo pudiera atravesarlo a pie enjuto camino de conquistar Jericó. Por otra parte, aunque la conquista de Canaán parece total, luego los relatos no lo confirman pues muestran a judíos y cananitas viviendo juntos y celebrando matrimonios entre sí mucho tiempo después de Josué. El libro de Josué sólo contiene tres campañas de importancia: la batalla de Jericó, narrada con gran detalle, la batalla contra los reyes del sur y la batalla contra los reyes del norte, ambas menos detalladas. Nos haríamos una idea más real de estas batallas, si leyésemos el término de "reyes" como si fueran algo así como alcaldes de sus respectivas villas. Tras estas campañas, el texto viene a decir que el pueblo se organizó en forma de algo así como una confederación liderada por los jueces locales.

El período de los jueces produjo cuentos populares, relatos de héroes y mitos muy destacables. La gente sólo está familiarizada con la narración de Sansón, el hombre fuerte por antonomasia y su dramática derrota a manos de su amante, Dalila. Hay otras historias parecidas en el libro de los Jueces. Está la historia de Yael, por ejemplo (Ju. 4, 17 y ss.), a quien acude por azar el enemigo número uno de su pueblo, un general cananita llamado Sísara que huye y quiere esconderse y cree que la mujer no le hará nada. Luego de darle Yael un vaso de leche, Sísara queda dormido y escondido bajo una tela, pero ella le clava una estaca por la sien con un mazo, y lo sujeta así al suelo, antes de entregarlo (¡!). Está la historia de Jefté que, con tal de conseguir la victoria, se apresura a jurar sacrificar lo primero que venga a felicitarlo al regreso de su campaña y resulta ser que no es su perro sino su propia hija. También está la historia de Ehúd, el juez zurdo que clavó su espada tan profundamente en el estómago de Eglón, el rey gordísimo de Moab, que su mano se hundió entre las vísceras y la grasa. Quizás la historia más tremenda de toda la Biblia sea la de Jueces 19 (que recuerda la de Lot en Génesis 19, 1-11); es la del levita que viaja a Jerusalén con su concubina y hace noche en Guibeá donde, para salvarse a sí mismo del abuso de los vecinos que le quieren abordar en casa de un anciano que le ha acogido, y que quiere entregar a su propia hija por respeto a la ley de hospitalidad, entrega él a su concubina para que abusen de ella y, cuando éstos arrojan su cuerpo inconsciente en el pórtico de la casa, él, al verla muerta, la lleva a su pueblo y procede a descuartizarla en doce partes que envía a cada una de las tribus de Israel para llamar a la venganza y a las armas. En fin, no son precisamente estas historias del libro de los Jueces las que se leen en las iglesias, donde luego se proclama, sin saber lo que se dice muchas veces: "¡Esto es palabra de Dios!"

Este período de la historia judía, en el que los jueces locales eran los verdaderos gobernantes, puede entenderse si se compara con un período análogo de nuestra historia, cuando nuestra nación vivía bajo la forma de una confederación no muy bien estructurada, de estados con poco o nulo poder central. Habiendo sobrevivido como colonias sometidas a un poder foráneo, los primeros norteamericanos no deseaban cederle a nadie la autoridad local. Los israelitas también tenían recuerdos tremendos de su opresión por los egipcios y por eso, habiendo logrado la libertad, no tenían ganas de volver a someterse a una autoridad lejana. Reacción natural pero difícil solución permanente. Las colonias nunca habrían mantenido su vida independiente si no se hubieran unido. La unión fue muy frágil y la Secesión la puso a prueba. Ochenta años después del

acceso de David a la corona, las diez tribus del norte se separaron de la tribu de Judá. Setenta y tres años después de tener un gobierno central bajo George Washington, hubo un proceso secesionista que involucró a once estados. Construir un país pasa por una sucesión de inevitables etapas.

El período de los jueces llegó a su fin con el liderazgo de Samuel, el último juez y asimismo profeta. Él es la figura de transición entre el período del desierto y la nación ya establecida. Como suele suceder con estas figuras, Samuel es un modelo mesiánico. La historia de Jesús tiene influencias de la de Samuel, empezando por su nacimiento milagroso: su madre, Ana, era estéril hasta que Dios escuchó sus oraciones. Ana cantó una canción, cuando Samuel nació, que fue similar al Magnificat de María. La historia de Lucas, acerca de Jesús en el Templo con 12 años, es similar a la del joven Samuel a quien Ana lleva al santuario para que viva junto a Elí.

Samuel fue clave en el paso a la monarquía. Al principio se opuso a la presión del pueblo para tener un rey como los demás pueblos. Les advirtió que los reyes suelen acabar en tiranos pero, al fin, ungió a Saúl. Luego ungió a David cuando se vio que Saúl había sido una mala opción. David, joven pastor, hijo de Jessé, segundo rey de Israel, comenzó una dinastía duradera y de referencia. Samuel, además, sólo armado con el sentido de la ley moral, desafió al rey públicamente por su comportamiento. Mediante esta acción, Samuel estableció el principio profético, inusual entre las naciones antiguas, según el cual incluso el rey debía vivir bajo la ley de Dios y poder ser juzgado. Posteriormente, este principio haría a Israel una nación muy diferente de las demás. En la continuación de esta serie volveremos sobre Samuel y su papel en el movimiento profético.

-- John Shelby Spong